



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Las espías de antes

Parece que a banqueros, a empresarios y a magnates de medios de comunicación les ha dado por espiarse unos a otros, y también a terceros, por si acaso. Para eso se sirven de agentes, jubilados o en paro forzoso, del sufrido Cesid: pagando sus servicios, claro está. Esos mandados graban conversaciones mediante micrófonos ocultos malamente, pinchando los teléfonos de modo rudimentario —a veces fallan y conectan con una charcutería, será por eso de la búsqueda de chorizos— o filman con cámaras de vídeo los movimientos de algún personaje de la competencia desde que se levanta hasta que se acuesta con quien sea; y todo empleando material obsoleto, de dudosa reputación.

Hoy día ya no se puede acusar o chantajear con el viejo truco de que su enemigo es homosexual, masón, estafador, cornudo o defraudador de impuestos, pues a muchos de los denunciantes se les quemarían los dedos encendiendo las mismas cerillas que todos ellos usan. Se aburren o pierden dinero o ganan menos que antes, y matan su nerviosismo jugando a controlarse unos a otros.

Lástima que hayan desaparecido las hermosísimas mujeres espías. Las búlgaras eran las mejores, y aun así podías zafarte de sus métodos sin dejar de gozar de sus favores. A una de ellas dejé que me robara un ejemplar del libro *Camino*, de **Escrivá de Balaguer**. Se tradujo al búlgaro y a todos los idiomas de los países comunistas. Y ya ven cómo terminó todo. La OTAN me condecoró con la Gran Cruz **"al valor frente al enemigo"**. ¡Qué tiempos!